



# Prefacio



UANTO más se estudia la Revolución francesa más patente resulta cuán incompleta es todavía la historia de esta gran epopeya, cuántas lagunas contiene, cuántos puntos necesitan aclaración.

Como que la Gran Revolución, que removió, trastornó y comenzó a reconstruir todo en el curso de algunos años, fué un mundo en acción. Y si estudiando los primeros historiadores de esta época, especialmente Michelet, se admira la inaudita labor que algunos hombres han podido llevar a buen término para aclarar las mil series de hechos y de movimientos paralelos de que se compone la Revolución, se ve al mismo tiempo la inmensidad de trabajo que falta realizar.

Las investigaciones practicadas durante estos últimos treinta años por la escuela histórica, de la cual son representantes M. Aulard y la Sociedad de la Revolución francesa, han suministrado ciertamente preciosos materiales que arrojan mucha luz sobre los actos de la Revolución, sobre su historia política y sobre la lucha de los partidos que se disputaban el poder. Pero el estudio de los aspectos

económicos de la Revolución y de sus luchas no está hecho aún, y, como dice justamente M. Aulard, no bastaría una vida entera para terminar tarea semejante, sin la cual, preciso es reconocerlo, la historia política permanece incompleta y frecuentemente incomprensible. Sin embargo, en cuanto el historiador aborda este aspecto de la tormenta revolucionaria, toda una serie de nuevos problemas, vastos y complicados, se ofrecen a su consideración.

Con la idea de aclarar algunos de esos problemas, emprendí desde 1886, estudios separados sobre los orígenes populares de la Revolución, sobre los levantamientos de los campesinos en 1789, sobre las luchas en pro y en contra de la abolición de los derechos feudales, sobre las verdaderas causas del movimiento de 31 de mayo, etc. Por desgracia me he visto obligado a limitarme, para tales estudios, a las colecciones impresas—muy ricas sin duda—del British Museum, y no he podido entregarme a investigaciones en los Archivos nacionales de Francia.

No obstante, como el lector no podría orientarse en estudios de esta clase si no tuviera una idea general de todo el desarrollo de la Revolución, he formado un relato más o menos seguido de los acontecimientos. No he querido repetir el lado dramático de grandes episodios tantas veces narrados, y me he dedicado principalmente a utilizar las investigaciones modernas, para hacer resaltar el lazo íntimo y los resortes de los diversos acontecimientos cuyo conjunto forma la gran epopeya que corona el siglo XVIII.

El método que consiste en estudiar la Revolución tomando separadamente diversas partes de su obra, ofrece ciertos inconvenientes: entraña necesariamente repeticiones; pero tiene la ventaja de grabar mejor en la mente del lector las poderosas corrientes de pensamiento y de acción que se entrechocaban durante la Revolución francesa, corrientes que tan íntimamente dependen de la naturaleza humana, que fatalmente han de reaparecer en los acontecimientos históricos del porvenir.

Todo el que conoce la historia de la Revolución sabe cuán difícil es evitar los errores de hechos en los detalles de las luchas apasio-

nadas cuyo desarrollo se intenta exponer. Con esto quiero decir que agradeceré en gran manera que se me indiquen los errores en que haya podido incurrir, comenzando por atestiguar mi más vivo reconocimiento a mis amigos James Guillaume y Ernest Nys, que han tenido la extrema bondad de leer mi manuscrito y mis pruebas y ayudarme en este trabajo con sus extensos conocimientos y su espíritu crítico.

PEDRO KROFOTKINE

15 marzo 1909.

